

Sangre de Dioses y Reyes: Ecos de una verdad antigua.

Joaquin E. G. (Nyarlatitep)



Capítulo 1

Introducción.

En el sagrado y férreo reino de Vaelorn, donde los dioses son ley y los vitrales proféticos dictan el curso de la historia, Sylfired, una joven sacerdotisa de mirada inquieta y alma rebelde, comienza a oír los susurros del pasado. Educada bajo los preceptos del culto a Majestic Vidria, la diosa del Cambio y la Impermeabilidad, Sylfired brilla entre las elegidas, hasta que un nombre prohibido—Hariel, el Impío—despierta una pregunta que jamás debió hacerse: ¿y si los dioses no son lo que dicen ser?

Lo que empieza como una simple duda se convierte en una obsesión. Y en esa obsesión, Sylfired desentierra las huellas de antiguas rebeliones, reyes malditos y guerreros desaparecidos, descubriendo que los “dioses” de su tierra son, en realidad, entidades interdimensionales de un poder antiguo, vestigios de una era olvidada: el imperio Intergaláctico de Albion. Y mientras más se acerca a la verdad, más enemigos se levantan en las sombras.

En la cúspide de la persecución, traicionada por una amiga y convertida en fugitiva, Sylfired es rescatada por un misterioso comerciante: un humano llamado Orlan, un hombre que ha vivido miles de años y que guarda los secretos de la antigüedad. Con él descubrirá las eras que precedieron a su mundo: la caída de Albion, la Era del Descenso, y la Guerra de la Llama Súbita, y sobre todo la rebelión del León albino, en la que un Heroe de la raza Felidae Urmah llamado Erlyon enfrentó a los dioses de antaño, desintegrando su imperio entre soles.

Ahora, mientras el Rey Mablum, gobernante de Vaelorn, y su consejera y sacerdotiza, Antherys, urden su muerte, Sylfired deberá decidir entre escapar con la verdad... o regresar y encender la llama de una rebelión que podría cambiar para siempre la historia de su mundo.

Porque quien busca la verdad, se vuelve peligrosa. Y quien la encuentra... desata imperios y verdades dormidas.

Capítulo 2

Capítulo I: Bajo los Vitrales de una Anomalia



Vaelorn, Capital de Arduin,

La ciudad sagrada de Arduin reposaba bajo la mirada solemne de los 33 montes, coronados de templos y estatuas que brillaban a la luz de las

constelaciones. A lo lejos, sobre el más prominente de todos —el monte Vidrialys— se alzaban las torres del Templo Mayor de Majestic Vidria, inmóvil y centelleante como un coloso de alabastro. Aquella noche, sin embargo, algo alteró el equilibrio ancestral del cielo. Un fulgor esmeralda, irregular y danzante, se deslizó entre las nubes como si el mismo firmamento hubiera sido rasgado por una llama muda. Los sacerdotes lo llamaron una Aeris Vidrialys, una señal divina. Las doce órdenes cultistas de los templos en cada monte interrumpieron sus cánticos y alzaron sus rostros al firmamento, creyendo que la Diosa del Cambio había hablado. Solo el Culto de Majestic Vidria elevó un canto nuevo, uno que no había sido entonado en siglos. Pero en lo profundo del plano físico, en los rincones aún no revelados por la fe, aquello no era una señal divina.

Era una Anomalía científica, llamada, Anomalía Perdus.

Una deformación del tejido atmosférico, producto de una concentración anómala de magnetismo y presión emocional. Aquellas manifestaciones descendían a lugares donde se liberaban grandes fuerzas psiónicas y psíquicas, a menudo en nacimientos traumáticos o muertes masivas. Pero en el mundo de los elfos, donde el conocimiento antiguo de algo llamado ciencia y lógica había sido sepultado bajo siglos de culto y dogma, no existía tal cosa. Lo inexplicable era sagrado. Lo desconocido, divino. Por ello, la noche en que Sylfired nació fue declarada una bendición de Majestic Vidria.

Templo menor de Majestic Vidria, en las faldas del Monte Vidrialys,

El Templo Menor de Majestic Vidria, estaba edificado en piedra blanca y vitrales de luz líquida, acogía apenas a cinco sacerdotisas permanentes. Pero esa noche, la sala de parto fue cubierta de incienso violeta, letanías suaves y palabras antiguas. La madre, Yvelys, una noble menor consagrada al culto de las Vidrias, apretaba los dientes mientras la sangre y el dolor le robaban el aliento. Afuera, los vitrales capturaban el reflejo de la anomalía y lo derramaban en haces de luz caleidoscópica sobre el

altar.

Cuando la criatura nació, las flamas de las lámparas vacilaron. Las hojas de los vitrales susurraron. Una línea de luz vítrea se manifestó a lo largo de su espalda, delgada como un hilo de cristal vivo. Las sacerdotisas se detuvieron. Una murmuró:



—“Los flujos... tiemblan.”

La recién nacida fue lavada en agua clara, mezclada con sal y esencias de vidria. Aquel rito, estaba reservado solo para aquellas elegidas por la Diosa, era una marca simbólica: la niña ya no pertenecía a su madre. Pertenecía al culto.

Aquel mismo amanecer, una joven sacerdotisa llamada Aerysha, temblorosa y descalza, ascendió el monte Vidrialys hasta llegar a la sede principal del culto, corrió como una posesa hasta llegar a la cima. Irrumpió en los pasillos de cristal y oro, y pidió audiencia con la Suma Vidrialys, la madre superiora del culto a Majestic Vidria. Cuando se le concedió, el permiso de verla se arrodilló sin respirar y dijo:

—Ha nacido una señalada por Majestic Vidria.

La Suma Vidrialys descendió al templo menor antes del crepúsculo, lo hizo con la presuridad de alguien que sabe que estas cosas ocurren solo una vez. Cuando descendió del monte y se dirigió al Templo menor, observó a la niña, a la madre extenuada, y trazó un círculo de símbolos en el aire con los dedos. Su mirada, cargada de siglos, se posó en la línea de filigrana que cruzaba la espalda de Sylfired. En silencio, colocó un sello ritual sobre la frente de la recién nacida.

—Será entregada al culto a los dieciocho años —dijo con voz firme—, pero a los tres participará del Ritual de las 33 Reverencias. Su camino ha comenzado.

Arduin, hora Prima,

El sol de la mañana filtraba su luz entre las ramas altas de los cedros blancos, mientras la brisa descendía con perfume de resina y flores

silvestres. Pero en el interior del templo menor, el aire era espeso como una túnica empapada.

Yvelys se encontraba sentada en el lecho ritual, el cuerpo aún estremecido por el parto, y el alma colmada de una mudez insólita. No lloraba. No hablaba. No sonreía. Solo observaba. Su hija había sido llevada a la cámara de bendición, y con ella, una parte de sí había sido apartada para siempre.

Las paredes del templo no retumbaban con júbilo. El nacimiento no fue celebrado con música ni danzas de agua. Era, según las sacerdotisas, un momento sagrado de tránsito. Un alma había descendido a la carne, y ahora debía ser moldeada para servir a los designios de Majestic Vidria.

La Suma Vidrialys había sido clara:

—Ya no es tuya. Es de la Diosa. De su camino, de sus variables.

Yvelys asintió. No protestó. No mostró debilidad alguna. Pero cuando las sacerdotisas se retiraron, y el incienso dejó de arder, su mano se alzó apenas y tocó el lugar vacío junto a su pecho. Allí donde la pequeña había reposado unos minutos, envuelta en lino blanco, antes de ser reclamada por la orden.

Un recuerdo la azotó, breve y poderoso.

La noche de la anomalía.

Gritaba en medio del dolor. No por el parto, sino por algo más profundo: miedo, rabia, incertidumbre. En ese instante, las luces danzaron sobre el techo, y las campanas de plata colgadas en los umbrales sonaron sin ser tocadas. Aerysha había caído de rodillas al verla, y otra sacerdotisa murmuró entre dientes:

—“Vidria nos habla...”

Pero Yvelys sabía que aquello no fue un llamado. Fue una respuesta. Algo había descendido, sí, pero no porque el culto lo hubiese pedido, sino porque ella había gritado al universo con un dolor tan vasto que lo rasgó.

Ahora, con los brazos vacíos, con la leche aún tibia en su pecho, Yvelys comprendía que jamás volvería a tener a su hija entre sus manos como madre.

Solo como observadora.

Esa tarde, cuando Sylfired fue devuelta brevemente al regazo de Yvelys para la última bendición maternal, la mujer la sostuvo con una calma

solemne. Le susurró apenas, con los labios rozando su pequeña frente:

—Naciste de mí... pero no para mí. Que los ojos que te miren no apaguen tu llama.

Luego, entregó a la niña envuelta en paños rituales. Y mientras las sacerdotisas la alejaban, Yvelys se incorporó, pese a su debilidad, y la acompañó con la mirada. No cayó lágrima alguna. La nobleza no llora ante las diosas.

Pero en el reflejo del vitral quebrado, el más antiguo del templo, una sombra pareció moverse. Un fragmento oscuro cruzó la luz vidriosa. Nadie lo vio. Nadie, salvo Yvelys. Y aunque no dijo una palabra, supo en su corazón que su hija no solo había sido marcada por los dioses.

También por algo más antiguo que ellos.

En lo alto del Monte Vidrialys,

El ascenso hacia el Templo, sede principal, de Majestic Vidria, fue solemne.

Las escaleras de Vidrialys, talladas en piedra prístina, resplandecían con el reflejo del cielo despejado. A cada paso, la Suma madre Superiora Vidrialys: Therynha Lys'Evir, se mantenía en silencio, envuelta en su capa ceremonial de plata estelar. Ni el crujido de sus sandalias ni el susurro del viento osaban interrumpir su introspección. El silencio del monte era antiguo. Era, para ella, la voz muda de Majestic Vidria hablándole en signos que los mortales aún no estaban preparados para entender.

Cuando llegó al nivel superior del santuario, las puertas de ónice se abrieron sin necesidad de palabras. Las columnas del recinto se alzaban como las ramas de un árbol inmortal. En el centro, el Espejo de Flujo dormía bajo un dosel de cristales flotantes, cuya vibración respondía a la presencia de clarividentes mayores. Therynha se detuvo frente a él. Lo contempló largo rato sin tocarlo.

La imagen de la niña recién nacida flotó en su mente.

Aquel hilo de luz vítrea, aquella filigrana brillante que marcaba la espalda de la pequeña, había sido clara. No era una enfermedad, ni una rareza mágica. Era una señal. Una de esas que solo ocurrían una vez cada

trescientas o cuatrocientas generaciones. Y más aún, ocurrida bajo la la Señal de Majestic Vidria.

Majestic Vidria no enviaba palabras. Enviaba paradojas. Variaciones. Cambios que desafiaban la lógica y sacudían el patrón de lo posible.

—Es un vórtice —murmuró en voz baja, para sí—. Un nudo que se ancla en los flujos... un catalizador del cambio.

Había visto algo más. No lo diría en voz alta, pero lo había sentido. Cuando se inclinó sobre la niña, por un segundo, el Espejo de Flujo que llevaba consigo —un medallón oracular insertado con fragmentos líquidos— vibró levemente. No era una vibración cualquiera. Era una curvatura. Una desviación en los vectores del destino.

Eso solo significaba una cosa: la niña tenía Clarividencia Mutable.

Aun lo había registrado en los archivos. No aún. No antes de observar más.



Therynha ascendió a su cámara privada, situada en el mirador alto del templo. Desde allí, podía observar los valles enteros de Vaelorn, como si

fuesen un libro abierto. Se sentó frente a una vasija ceremonial llena de agua y pidió al flujo que le mostrase ecos del futuro. La superficie no mostró nada claro. Solo una luz que temblaba. A veces blanca. A veces roja. A veces... negra.

Suspiró con gravedad.

—Majestic Vidria me ha hablado —susurró, sin dudar—. No hay error. No hay engaño. Lo que hoy descendió fue una de sus Variantes. Una manifestación profética. No importa si otros lo llaman señal. Ellos no ven. No entienden.

Para Therynha, la fe era más que convicción. Era arquitectura espiritual. Era destino. Y ahora, ese destino acababa de parpadear en el mundo con ojos de aquella recién nacida.

Tomó una pluma y escribió en el Registro de las Hijas del Vidria, el libro más antiguo del culto, el cual solo las Sumas Madres superiores Vidrialys podían tocar:



"Ha nacido la que será llamada Sylfired. Su cuerpo ha sido marcado con la huella del Cambio. A los tres años deberá iniciar las 33 Reverencias. A los

dieciocho, será reclamada para los senderos superiores."

Cerró el tomo con firmeza. Luego, apagó la luz y dejó que la noche la envolviera en su silencio. Pero, por un breve instante, mientras su cuerpo ya se preparaba para el reposo, sintió algo más. Un crujido leve en la madera de las paredes. Una presión casi imperceptible en el aire.

Como si algo —no Majestic Vidria— algo distinto la hubiese observado cuando estuvo junto a la niña.

Se giró lentamente. El templo estaba vacío.

Y aun así, murmuró:

—Si eres una sombra... la Luz de Vidria te atravesará.

Y se sumió en un sueño sin sueños.

En el templo menor de los Vitrales,

Aerysha Thavën caminaba lentamente por el pasillo de los vitrales cuando se detuvo frente al último de ellos, el más antiguo, el único cuyas formas no eran nítidas ni bellamente simétricas. Aquel vitral —según se decía— no fue obra de manos élficas, sino una pieza anterior, encontrada bajo tierra cuando el templo menor fue erigido. Nadie conocía su forma original; era un conjunto de líneas erráticas, curvas disonantes, colores que mutaban con la luz. Las sacerdotisas lo llamaban el Ojo de lo Posible. Pero Aerysha lo había temido desde niña.

Allí, la noche del nacimiento, creyó ver moverse una sombra dentro del cristal.

Y esa sombra no era Vidria.

Aerysha había participado en otros nacimientos dentro del templo. Algunos sin complicaciones, otros marcados por la muerte de la madre o del niño. Sabía reconocer cuándo un nacimiento era sagrado, cuándo era triste... y cuándo era anómalo.

La noche en que Sylfired nació, Aerysha no escuchó a Vidria cantar. No sintió el suave murmullo de los flujos ni el calor que solía envolver las ceremonias de revelación. Lo que sintió fue frío. Una presión antigua en la

base de la nuca. Un peso en los hombros que no provenía de la sala, sino de algo externo, más allá del templo, más allá incluso del monte Vidrialys.

El cielo había temblado. Pero no con júbilo.

Cuando vio la línea de filigrana recorrer la espalda de la niña, no sintió devoción... sino miedo. Un temor irracional que luego reprimió en nombre de su fe. Fue ella quien subió al Templo Alto a dar aviso, repitiéndose cada paso: "Esto es una señal. Una señal. Una señal." Pero con cada repetición, esa afirmación se volvía menos firme, menos suya.

Ahora, en la soledad del templo menor, con la madre de aquella niña dormida en el lecho sagrado y la pequeña envuelta en paños celestes, Aerysha se permitió dudar por primera vez en años.

"¿Y si no es Vidria? ¿Y si lo que descendió fue... otra cosa?"

Sus dedos acariciaron el aire frente al vitral antiguo. El vidrio emitió un leve parpadeo azulado. Aerysha retrocedió.

Había leído textos velados, fragmentos de registros no autorizados que hablaban de eventos similares. De señales celestes que precedían a grandes guerras. De nacimientos extraños que alteraban las líneas proféticas. De seres marcados por la curva errática del destino. Seres que los cultos declaraban elegidos... hasta que dejaban de obedecer.

Aerysha no lo sabía, pero su corazón ya había cometido una herejía: cuestionar.

Miró a la niña. Dormía. Su respiración era suave, pero su cuerpo irradiaba una energía inusual, como si algo o alguien, respirara a través de ella. Y en ese instante, Aerysha tuvo una visión fugaz:

"Vio a Sylfired caminando sola por los Montes 33, bajo una lluvia roja. Detrás de ella, templos derrumbados. Y en su frente, no el símbolo de Vidria... sino un círculo incompleto, pulsante, como una herida abierta en la fe."

Se llevó una mano a la boca. Cerró los ojos. Y supo.

Esa niña cambiaría a Vaelorn.

Pero no todo cambio, en el culto de Majestic Vidria, era bendición.

Capítulo 3

Capitulo II: El ritual de las 33 reverencias.

Monte Selharion, al amanecer, 3 años despues

Aún no había amanecido cuando los cuernos ceremoniales de Majestic Vidria sonaron en la Plaza de los Ecos. El eco del cuerno de plata se duplicaba sobre los techos de mármol, vibrando entre las torres del templo alto. Las nieblas del alba aún abrazaban los caminos cuando Sylfired, envuelta en su manto de iniciación, fue conducida hasta la escalinata del Monte Selharion, el primero de los 33.

Los sacerdotes y sacerdotisas se alineaban en doble fila, cada uno con una antorcha de cera vidrial, mientras un carruaje ritual, sin ruedas ni bestias, levitaba suavemente sobre el suelo a medida que Sylfired era llevada al pie del monte. Tenía solo tres años y cinco meses, A diferencia de los humanos, los elfos aquí edad, ya mostraban cierta madurez, los niños aprendían a mantener una fe rígida, firme, veraz. En ese momento, Sylfired mantenía la mirada firme, inquisitiva, llena de una atención que no parecía de su edad.

El ritual de las 33 reverencias no era una costumbre menor. Era una consagración formal del alma ante los 33 principios sagrados que fundaban la espiritualidad vaelorniana. Cada monte representaba una virtud y cada virtud, un pilar del orden, un atributo otorgado por los 12 dioses.

Mientras los niños élficos de noble linaje lo hacían en grupo, como parte de su adoctrinamiento ritual, Sylfired lo hacía sola, como correspondía a una Vidriarith, una marcada por Majestic Vidria, diosa del Cambio y la Impermeabilidad.

El Monte Selharion, por su parte, era bajo, cubierto por árboles de hojas translúcidas. La primera reverencia debía realizarse bajo un arco de luz

que se formaba cuando el sol naciente atravesaba el bosque en el ángulo perfecto. Dos sacerdotisas la acompañaban: Ithnya, su instructora desde el nacimiento, y Ysveran, la guardiana del ritual.

—Recuerda, Sylfired —le susurró Ithnya mientras subían—: esta reverencia es a la Virtud del Recibimiento. Abres el alma al ciclo, te inclinas como la semilla que se entierra para florecer.

La niña asintió, sin delatar emoción alguna.

Cuando el sol rozó el momento justo, y el arco de luz apareció como un velo radiante, Sylfired avanzó sola, se arrodilló, y recitó las palabras:

—“Que el primer monte me reciba como llama que inicia su forma. Que el dios que me observa no me vea con ojos cerrados.”

Las hojas se estremecieron. El silencio fue total. Ithnya sonrió. Ysveran asintió. Todo había comenzado.

Durante los días siguientes, Sylfired recorrió el Monte Galdirith (la Fortaleza del Corazón); el Monte III: Arthenyel (la Voz que Juzga) y el Monte IV: Neryvhal (la Tranquilidad del Oído). En cada uno, se postraba ante los altares a los diversos Dioses y recitaba las oraciones como una especie de mantra, y se sumergía en el protocolo con un fervor que, aunque bien ejecutado, parecía... demasiado atento. Demasiado consciente. Demasiado monótono.

La mayoría de los niños miraban al suelo o a las estatuas con ojos temerosos. Ella miraba a los ojos de cada ídolo. Como si buscara una respuesta. Pero fue en la cima del Monte Syr'Onhal, el primero consagrado directamente a un dios —en este caso, Parshath, el Juez de la Devastación, cuyas sacerdotisas eran humanas de amplia calvicie—, cuando Ithnya empezó a sentir algo extraño. Durante la reverencia a la Virtud de la Ruina Justa, Sylfired tardó más de lo habitual en pronunciar las

palabras. Luego, cuando se inclinó, miró fijamente al rostro de Parshath, esculpido en piedra negra, con una expresión difícil de interpretar.

Desafío no era.

Tampoco miedo.

Era duda.

Al descender, Ithnya le preguntó suavemente:

—¿Te costó recordar las palabras?

Sylfired bajó la mirada un instante. Luego respondió:

—Es que él... no juzga. Solo castiga.

La respuesta quedó flotando como una hoja cortada.

Esa noche, Ithnya escribió un breve comentario en su bitácora de formación:

“La niña cumple con todo rigor. Su entonación es impecable. Pero hay momentos donde su silencio no es reverente... es reflexivo. Y eso, en una Vidriarith, puede ser más peligroso que una falta. Hay que vigilar la, ponerla en cintura.”

Monte Zyrandor, en Cumbre de la Purificación,

La comitiva avanzaba con lentitud. Los caminos que unían los 33 montes eran sagrados, y no podían recorrerse con prisa. Las huellas que dejaban los pies de los iniciados quedaban marcadas en piedra hasta la siguiente luna nueva, y en el caso de Sylfired, sus pasos serían preservados en cuarzo ritual por orden directa del templo de Majestic Vidria.

Los peregrinos que vieron pasar a la niña bajaron la cabeza con respeto. No por compasión, sino por reverencia. Una Vidriarith estaba cruzando los Montes. Y lo hacía sola. Era la primera vez en casi dos milenios que una marcadeflujos, una portadora de la Clarividencia Mutable, realizaba el ritual completo antes de su cuarto año. La solemnidad del acto no era solo simbólica: tenía implicancias políticas, espirituales y hasta proféticas. La ciudad de Arduin miraba.

Aquel día, debían ascender a Zyrandor, monte consagrado a Urishadar, el dios de la Flama Áurea, el aire era seco, cortante. Los árboles de fuego, cuyas hojas ardían sin consumirse, marcaban el camino hasta el templo circular que coronaba la cima. Era uno de los más antiguos, incluso anterior al Templo Alto de Vidria. Allí no se hablaba. Solo se escuchaba el crujir del fuego.

Sylfired subió en silencio, escoltada por su tutora Ithnya y por dos sacerdotes de Urishadar. La túnica blanca ceremonial se agitaba con el viento, y sus pies desnudos pisaban las piedras calientes con la calma de una mente inquieta.

Cuando llegó al altar, vio la estatua del dios: una figura alada de rostro ciego, cubierta por una armadura de brasas. Tenía una mano extendida hacia el cielo, y otra hacia abajo, como si bendijera y castigara al mismo

tiempo. En su pecho, una runa brillaba con fuego líquido.

Sylfired se detuvo antes de arrodillarse.

Miró la estatua.

Luego, giró su rostro lentamente hacia Ithnya, sin miedo, pero con un gesto... inexacto. Como si la pregunta no supiera cómo convertirse en palabra.

—¿Por qué no sonríen?

Ithnya frunció el ceño.

—¿Qué has dicho?

—Los dioses. Todos. Desde que partimos. He mirado sus rostros... Y no hay sonrisa. Solo juicio, silencio... o rabia.

El silencio se volvió tangible.

Uno de los sacerdotes de Urishadar giró levemente la cabeza, incómodo. Ithnya dio un paso hacia la niña, sin agresión, pero con la gravedad de quien habla desde la cima de una fe inquebrantable.

—Sylfired... los dioses no sonríen. Los dioses imponen.

Le señaló la estatua con un gesto firme:

—Urishadar destruye con fuego lo que debe caer. Sonríe el débil. Sonríe el ignorante. La divinidad exige que te arrodilles por lo que no entiendes. No para que lo comprendas, sino para que lo veneres.

Sylfired bajó los ojos. Y se arrodilló. Pero en su interior, algo no cayó. No aún.

Cuando la reverencia fue completada, y los ritos pronunciados, la niña se inclinó profundamente... pero sin cerrar los ojos, como era costumbre. Los mantuvo abiertos, clavados en el fuego de la runa del dios. Algo se agitaba allí, detrás de la imagen. Algo no visible. No descrito en los cantos.

Esa noche, de regreso al campamento temporal entre los montes, Sylfired fue más callada de lo usual. Ithnya la observó, y por primera vez, anotó algo diferente en su diario de formación:

“La reverencia fue impecable, como siempre, pero la mirada de la niña no fue sumisa. La niña no teme, ni ama, ni sirve con total entrega. Está... observando. Y los dioses no han sido creados para ser observados. Si esta semilla no es guiada con fuerza, germinará en preguntas. Y las preguntas... son el fuego más peligroso de todos.”

Esa noche, mientras dormía, Sylfired soñó que los 12 dioses se reunían frente a ella. No hablaban. Solo la miraban. Pero en el sueño, uno de ellos —una figura sin rostro, sin símbolo, sin altar— le sonreía. Los Dioses no podían verlo. La figura, en sí, estaba en una especie de tablero de lápiz azul, sentado en un trono que parecía hecho de toda piedra preciosa, debajo del tapiz de Lápizlazuli, había una especie de rueda sobre ruedas que giraban laguna sobre la otra, y al lado de las rueda sobre ruedas, había una especie de seres extraños sus pies eran como de carnero, y tenían cuatro rostros, el uno era de humano, el otro era de águila, otro

era de León y el último era de Buey. Se quedó con aquella imagen, y nada más quedarse con ella, despertó.

Monte Lyriandel, Morada de las Aguas Profundas

Las ceremonias continuaron según la tradición. Sylfired ascendía los montes, se arrodillaba ante altares tallados en roca, pronunciaba oraciones aprendidas en secreto durante meses. Y sin embargo, la niña apenas prestaba atención a sus propios pasos. En su mente, una sola imagen se repetía, como un eco suave y persistente:

Aquel ser del sueño.

Había aparecido sentado en un trono cuyos pilares parecían hechos de zafiros, esmeraldas y amatistas. Bajo sus pies, giraban lentamente ruedas sobre ruedas, como engranajes de un mecanismo celestial, suspendido sobre un firmamento cristalino. hecho de lapislázuli, tan inmóvil y sereno que parecía contener en sí mismo toda la calma del mundo.

Sylfired no había podido ver su rostro, pues la luz que irradiaba era demasiado intensa, pero sintió claramente que le sonreía. Una sonrisa tan genuina, tan cálida, que hizo que todo lo demás —la solemnidad rígida de Urishadar, la fría autoridad de Parshath, la indiferente distancia de los demás dioses— palidciera en comparación.

¿Quién era ese dios? ¿Por qué no estaba en ningún templo, en ninguna estatua?

Monte Arvaelis, la Colina del Viento Mudo

—Sylfired —la voz de Ithnya era firme, aunque en ella empezaba a percibirse una ligera inquietud—, ¿qué ves cuando miras los altares?

La niña respondió tras una pausa reflexiva:

—Veo piedra... veo imágenes. Pero no veo rostros reales. Solo... máscaras.

Ithnya la miró por un instante largo y callado. Sylfired tenía solo tres años y medio, pero hablaba con una claridad que hacía dudar de su infancia. La sacerdotisa frunció levemente los labios:

—¿Quién te enseñó esas palabras?

Sylfired negó con suavidad.

—Nadie. Solo es lo que veo. Todos tienen rostros de piedra. Ninguno sonríe. Todos miran hacia abajo... —la niña vaciló—, excepto el que no está.

—¿De qué hablas? ¿Qué dios es ese que no está?

Sylfired guardó silencio, consciente de haber dicho demasiado. Ithnya no insistió más, pero la inquietud quedó suspendida entre ambas como una

presencia invisible.

Monte Ishdraryn, cercano al Dundaval,

El ascenso al vigésimo monte se realizaba en medio de cánticos que imitaban el sonido del viento. Allí, Sylfired debía rendir pleitesía a la Virtud de la Escucha Atenta, consagrada a la diosa Ishera, la Señora del Sol y la Luna. Pero mientras pronunciaba las palabras prescritas, Sylfired solo escuchaba en su mente el susurro de aquel ser en el tapiz celeste. A medida que avanzaba el rito, más fuerte se volvía su recuerdo. ¿Era realmente un dios, o algo diferente, algo que los demás dioses no podían ver?

Cuando descendieron, Ithnya se dio cuenta de que Sylfired temblaba ligeramente. No era temor, ni frío. Era algo diferente. Algo interno, profundo y silencioso.

—¿Qué sucede? —preguntó Ithnya con cuidado—. ¿Qué escuchaste allá arriba?

—Alguien que me habló desde la luz... —murmuró Sylfired, todavía absorta en la memoria—. Una voz diferente, suave, dulce... y triste. Me dijo que buscara detrás de los dioses, donde ellos no pueden mirar.

Ithnya sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Aquellas palabras no eran propias de una niña, mucho menos de una iniciada.

—Sylfired, los dioses no tienen nada detrás —dijo con una firmeza casi

urgente—. Ellos son absolutos.

La niña levantó sus ojos, sinceros y curiosos, hacia su maestra:

—¿Y qué hay detrás de lo absoluto?

Ithnya no pudo responder. No debía responder.

Al anochecer,

Esa misma noche, en la carpa ceremonial donde Sylfired dormía custodiada por sacerdotisas silenciosas, la pequeña volvió a soñar con el ser luminoso. Esta vez, pudo acercarse más. Bajo las ruedas giratorias de su trono celeste, vio mundos diminutos, extrañas estrellas que parecían trazos en espiral que ella no entendía, infinitas líneas de luz que tejían el tiempo y el espacio.

La figura habló, con una voz hecha de trueno, como el relampago, su voz era gruesa e imponente, Pero Sylfired, pudo notar una tristeza antigua:

"Observa, pequeña hija del cambio. Los dioses que conoces son solo ecos. Reflejos. Sombras. El camino que inicias está oculto a sus ojos, pero no a los míos."

Sylfired alzó la vista, pero la luz cegadora aún cubría su rostro.

—¿Quién eres? —preguntó.

La respuesta fue solo un susurro:

—Soy quien soy. Soy aquel que quedó atrás cuando todos los demás se marcharon. Soy quien sonrío... porque aún queda esperanza.

Fue entonces, en ese momento, que despertó con un sobresalto, respirando agitadamente. Ithnya estaba a su lado, inquieta.

—¿Otro sueño? —Preguntó la sacerdotisa con inquietud creciente.

Sylfired asintió, incapaz de decir más. Miró hacia el cielo nocturno a través de las telas de la tienda ceremonial, preguntándose si allá arriba, detrás de las estrellas y los dioses, seguía existiendo aquel tapiz de lapislázuli, y aquel ser de luz imposible.

Y si algún día sería capaz de encontrarlo de nuevo, en sueños o despierta.

Monte Valshar, en la Torre Silente

La jornada a través de los montes continuaba con la solemnidad que dictaba el ritual. Pero Sylfired caminaba más lentamente, sumergida en la contemplación interna de lo que había visto en sus sueños. Ithnya había comenzado a preocuparse; la pequeña parecía cada vez más distante,

más inmersa en un mundo que no compartía con nadie.

Aquella noche, bajo las tiendas ceremoniales levantadas al pie del monte Valshar, un sueño más profundo y claro que cualquier otro vino a Sylfired. Un sueño que trascendió las barreras de lo espiritual, llevándola a un lugar que parecía existir más allá de cualquier templo construido por manos mortales.

Sylfired apareció nuevamente sobre el firmamento cristalino, un océano infinito de lapislázuli cuya quietud parecía eterna. Sobre aquel firmamento se alzaba nuevamente el trono compuesto por piedras preciosas, y debajo de él giraban, como grandes ruedas silenciosas, aquellas ruedas sobre ruedas de luz, mecanismos de un cosmos que apenas lograba comprender.

La figura luminosa aguardaba, irradiando la luz que ocultaba su rostro, aunque ahora parecía más suave, más cercana.

—¿Quién eres? —preguntó Sylfired con una voz que no era más que un susurro, cargada de reverencia y asombro.

La figura permaneció en silencio un instante, y cuando habló, su voz hizo que todo el universo pareciera detenerse para escuchar:

—Yo soy el que soy. Aquel que no cambia, aquel que es inmutable. Mi nombre es Yhwh.

Sylfired sintió esas letras grabarse en su alma con la fuerza de un sello ardiente. Intentó mirar el rostro de Yhwh, pero la luz era demasiado intensa.

—¿Por qué has venido a mí?

—Porque tu corazón ya no se conforma con lo que ve. Buscas detrás de las máscaras. Buscas lo que no puede ser visto por ojos mortales.

Sylfired, temblando ligeramente, preguntó entonces con una valentía que nunca antes había sentido:

—¿Eres... un dios? ¿Un dios como Vidria o Urishadar?

La voz del ser sonó firme, profunda como el trueno lejano, poderosa como el fuego contenido:

—Soy la tormenta, soy la fuerza, soy el fuego. Yo soy la llama que devora y destruye, pero también soy la justicia. Allí donde hay soledad, allí también estoy. Soy Alef y Tav, principio y fin, estuve antes de los Benei Elohim y estaré al final. Allí donde hay dolor, allí también estoy. Porque en el dolor también se perfecciona mi poder.

Sylfired frunció el ceño ligeramente, confundida:

—¿Cómo puede perfeccionarse el poder de un dios en el dolor? ¿No sería eso... maligno?

La luz del ser pareció intensificarse suavemente, pero su tono continuó siendo de infinita dulzura:

—En el dolor también se halla la justicia. Deja que los malvados hagan el mal. Déjalos matar y destruir. Déjalos hacer su maldad, y cometer sus actos de iniquidad. Deja a mí la venganza, porque el dolor que tú y otros

padecen, yo devolveré a aquellos que hacen el mal. Pues gran plan tengo contra aquellos que practican la maldad. Y gran castigo tengo contra aquellos que hacen idolatría.

Sylfired retrocedió levemente, conmocionada por la fuerza y profundidad de aquellas palabras:

—¿Qué significa esto para mí? ¿Por qué me lo muestras?

—En el futuro, niña mía, tú descubrirás esto y más. Y al descubrir eso y más, también descubrirás la verdad. Y por causa de esa verdad serás perseguida. Y te perseguirán y tratarán de matar. Pero he aquí que mi mano se cernirá sobre ti, y no te alcanzará la muerte. Huirás de la muerte, y de Vaelorn escaparás. Un gran viaje iniciarás, y en ese viaje descubrirás lo que otros antes que tú vieron. Hariel lo supo. Urael lo supo. Y ahora, tú también lo sabrás.

El firmamento de lapislázuli comenzó a temblar suavemente, como si el propio tejido de esa realidad onírica se estuviera agotando.

Sylfired gritó con desesperación, extendiendo las manos hacia la figura que comenzaba a desvanecerse:

—¡Espera! ¡No entiendo! ¿Por qué me lo muestras solo a mí?

Antes de que el sueño se disipara del todo, la voz del ser resonó una última vez en la distancia infinita:

—Porque ellos te han elegido para mentirte, pero yo te he escogido para que despiertes.

Sylfired abrió los ojos en la penumbra de la tienda ceremonial, respirando con dificultad. Ithnya estaba sentada a su lado, sosteniendo suavemente sus hombros con expresión preocupada:

—Sylfired, ¿qué ha pasado esta vez?

La niña levantó lentamente la vista hacia ella, sus ojos claros brillando con lágrimas contenidas. Tomó la mano de Ithnya con una suavidad inesperada para alguien de su edad, y susurró con gravedad profunda:

—He visto la verdad detrás de los dioses. Y la verdad no es como creemos, Ithnya. No es como nos han enseñado.

Ithnya quedó helada en su lugar, incapaz de formular palabra alguna. La inquietud que había sentido días atrás ahora se tornaba en temor absoluto.

Mientras tanto, en la cima del monte Valshar, la estatua del dios allí consagrado permanecía inmóvil, su rostro de piedra eternamente rígido. Pero por primera vez, y por razones que nadie pudo explicar, una fina grieta apareció en el altar, justo debajo del rostro pétreo.

Como si incluso los mismos dioses temieran lo que Sylfired había escuchado esa noche.

Monte Vidrialys, en la Corona del Cambio

Sylfired había llegado al último monte: el imponente Vidrialys, sede del Templo Mayor de Majestic Vidria, el lugar más sagrado en todo Vaelorn. La peregrinación ritual estaba llegando a su fin, pero la inquietud en la niña no había desaparecido. Al contrario, había crecido, alimentada por los encuentros oníricos con el Ser de Luz, que se había presentado ante ella con el nombre de Yhwh.

Aquella noche, la víspera antes de la reverencia final, Sylfired fue llevada a una cámara solitaria, iluminada por lámparas de cristal violeta que proyectaban suaves luces danzantes sobre paredes cubiertas de antiguas inscripciones.

Apenas cerró los ojos, la visión comenzó.

Volvió a encontrarse sobre el infinito tapiz celestial de lapislázuli, frente al trono luminoso del Ser cuyo rostro jamás había logrado contemplar con nitidez.

—Sylfired —la voz sonó más cercana, más íntima que en ninguna ocasión anterior—, este será nuestro último encuentro por un largo tiempo. Las sacerdotisas que te rodean bloquean tu mente, envuelta en rituales y cantos. Difícilmente puedo hablarte con claridad en estas circunstancias.

Sylfired se estremeció, angustiada por esas palabras:

—¿Me dejarás sola? ¿Qué haré sin tu guía?